

**Barry University – Spring 2026**

**Clase:** Planificación y Evaluación Pastoral

**Profesor:** Marzo Artíme

**Estudiante:** Rafael A. Guarnizo-Martinez

**TERCERA TAREA: ENSAYO - La autenticidad y el crecimiento de la vida espiritual**

Como personas de fe, buscamos relacionarnos con el Dios en el que creemos, y eso nos lleva a explorar diversas formas de expresar una fe piadosa. En nuestros países de origen, seguramente aprendimos o escuchamos el rezo del rosario, participamos en procesiones, nuestros familiares veneraron algún santo o realizaron novenas.

Siguiendo este modelo, aprendimos a participar en la misa, celebramos sacramentos e incluso sacramentales, y aprendimos a rezar. A pesar de todas estas prácticas aprendidas y transmitidas, es cierto que, en muchas ocasiones, nuestra piedad religiosa se queda en un conjunto de acciones que, aunque buenas, no siempre son fecundas. Esto ocurre cuando nos quedamos en una fe infantil y ensimismada, que no sabe cómo mirar al prójimo y sus necesidades, las cuales serían atendidas si nuestro crecimiento espiritual fuera auténtico.

La dimensión de la Eucaristía y la oración están diseñadas para alimentarnos con la gracia y la verdadera presencia de Jesús, para hacer comunidad y servir a la comunidad. Así, acudimos a la misa y nos alimentamos del mismísimo Cuerpo y Sangre de Cristo; Él nos sana, nos abraza con su infinito amor y nos une como un solo cuerpo con los hermanos que comulgan. De la misma manera, nos invita a reconocernos como otros Cristos que, después de haber sido saciados, debemos ir al mundo carente de lo que hemos recibido en la misa. La oración también nos ayuda en nuestro proceso de conversión a Dios, en el conocimiento de Él y de nosotros mismos, y en ese movimiento interior que nos impulsa a salir para servir y amar a los demás. Este proceso da un gran fruto cuando contamos con un director o compañero espiritual que nos guía en el discernimiento, ayudándonos a atender nuestras mociones internas y a descubrir el plan y el deseo de Dios para cada uno de nosotros. Así, al hacernos más sensibles a encontrar a Dios en todas las cosas, reconocemos nuestro pecado

dominante, nuestros dones, vamos purificando nuestras intenciones y descubriendo las posibilidades que yacen en nosotros. De este modo, nos vamos uniendo a Jesús al hacer lo que Él mismo hacía y nos invita a realizar por los demás.

Recuerdo una historia que escuché y que quisiera parafrasear sobre la Madre Teresa de Calcuta durante una visita que realizó a los Estados Unidos. Mientras caminaba y era entrevistada, de repente se detuvo. Quienes la acompañaban no notaron lo que ella sí fue capaz de ver: una persona sin hogar que necesitaba atención. Movida por la compasión que la caracterizaba, dejó en segundo plano la caminata y la entrevista para ser coherente entre su fe y sus obras. En este gesto encuentro un ejemplo palpable de la aplicación del pasaje de Mateo sobre el Juicio Final (Mt 25, 31-46): la invitación de Jesús a verle en los necesitados, a tener los ojos y los sentidos entrenados y dispuestos para involucrarnos con los demás, y a responder con una empatía activa y transformadora.

En las últimas semanas me he planteado la necesidad de ir más allá en lo que realizo como director de música. A través del chat del grupo puedo enterarme, de manera superficial, de algunas de las necesidades de los integrantes. Creo que es allí donde el Señor me invita a acercarme más a mis hermanos y a “pastorearlos” con una compasión y con esfuerzos concretos, según la apertura de cada uno y lo que yo, en mi rol de director y amigo, puedo ofrecerles. Puedo identificar al menos dos situaciones concretas de familias en las que Dios me llama a hacer algo más y a no quedarme únicamente en la oración y en el ensayo.